

¡Vergüenza! ¡Basta ya!

A punto de mandar a imprenta este número, nos llega la noticia del naufragio de varios barcos repletos de personas que intentaban atravesar el mar Mediterráneo para llegar a las costas europeas. Aunque los datos son aún algo confusos, estamos hablando de unas mil personas fallecidas en unos pocos días, que se suman a otros sucesos igualmente dramáticos en fechas recientes. El viejo pesquero que naufragó el domingo 19 de abril viajando de Libia a Italia, tenía unos 30 metros de eslora y albergaba unas 700 personas, lo cual da idea del tremendo hacinamiento con que se realizan estos periplos. Cifras y estampas semejantes hemos visto ya en otras ocasiones.

De los anteriores episodios, quizá el más conocido fue el que ocurrió en octubre de 2013, ante las costas de Lampedusa, que hizo gritar al papa Francisco, «¡Vergüenza!» y nos lanzó la pregunta de si realmente lloramos estas muertes. No queremos entrar en comparaciones sangrantes: cuánto nos afectan estas muertes, comparadas con un atentado en el centro de París, o un accidente de avión en los Alpes franceses o un naufragio de turistas a bordo de un crucero, como el Costa Concordia en 2012. Pero tampoco queremos quedarnos en el lamento estéril.

El filósofo francés Henry Duméry escribió, hace más de cincuenta años, un ensayo de antropología teológica titulado *La fe no es un grito* en el que desmontaba la tesis de que la fe es simplemente una llamada emotiva o un impulso del corazón, para defender que el cristianismo es una fe histórica, estructurada, instituida; no es

sólo un grito sino una estructura. Inspirados en esta expresión de Duméry, podemos afirmar que tampoco aquí es suficiente el grito. Es necesario, pero no suficiente.

En el primer trimestre de este año 2015, han llegado a Europa más de 57.000 migrantes irregulares, sobre todo por la frontera oriental. En los catorce años que llevamos de siglo XXI, han muerto en el mar Mediterráneo unas 28.000 personas. Unos dos mil cada año. Ante una realidad así, no podemos quedarnos de brazos cruzados ni tampoco limitarnos al grito. Hace falta estructura. Y eso significa una más activa implicación de la Unión Europea. Es algo que viene reclamando, con poco éxito, los gobiernos de Malta e Italia, por ejemplo.

Es necesaria una acción estructural que no sitúe el control fronterizo como principio absoluto y dogma que guía nuestra política. Es necesaria una acción estructural que ponga en el primer plano a la persona, lo cual significa en primer lugar; es necesario reforzar el carácter humanitario de la intervención europea. Y, simultáneamente, una acción estructural que aborde las causas de fondo, las inequidades, desequilibrios e injusticias que están en el trasfondo de estos dramáticos sucesos.

Este breve comentario editorial es, básicamente, un grito. «¡Vergüenza! ¡Basta ya!». Pero ni la fe ni la razón son sólo un grito. Reclaman y exigen una acción institucionalizada que detenga esta barbarie. ■